

Pliegues

relato breve

por nando viciano

En junio de 1985 habían pasado seis meses desde que empezara mis estudios por dos años en la London School of Economics cuando conocí a Ramón Margallosa. Jerezano de nacimiento y en mitad de la veintena, Ramón poseía un increíble conocimiento sobre Jazz. Su magnífica colección de discos abarcaba desde los clásicos Coltrane o Goodman hasta nuevas promesas que él mismo disfrutaba descubriendo, como el bonaerense Alfredo Gallutti, a quien habíamos visto tocar la noche anterior al día de la mudanza. Margallosa se trasladaba de la antigua residencia de estudiantes en el centro de Londres a una pequeña casa en las afueras un poco más al noroeste, en Little Missenden.

Había llegado el día: teníamos que descargar un montón de trastos de la furgoneta para poder devolverla antes de las cinco, si no queríamos que nos cobraran 50 libras más por cada media hora extra de alquiler. Estaba lloviendo, de modo que cogí el primer bulto que vi, lo saqué de la Volkswagen y empecé a correr hacia las puertas de la casa. Seguí las instrucciones del casero, que desde la puerta me sugería que empezara subiendo las cajas más grandes a la buhardilla. Así que allá iba yo, cargado con buena parte de la colección sagrada de elepés de Ramón, dando zancadas escaleras arriba.

Fui a dejar la caja en uno de los rincones de lo que parecía un desván, cuando advertí que algo asomaba por el espacio que se abría entre dos lamas del suelo de madera. Era como la esquina de un papel. Tiré de él, era grueso porque no había uno, sino varios. Y la lama se movió. Tras dos viajes más a la furgoneta, me pudo la curiosidad, desencajé una de las lamas y extraje un puñado de papeles escritos a mano. El papel amarilleaba y costaba bastante entender lo que había escrito porque el paso del tiempo había atenuado la tinta. No sin esfuerzo, en la primera hoja podía leerse: "*About infinite differential coefficients of the space & time continuum - by T.R. Weeds*". Supongo que fue la mezcla de una escritura elegante, el ocre de las páginas, su olor, en definitiva la antigüedad que rezumaban aquellos papelotes me gustó desde el principio, de modo que me los guardé en el forro de la chaqueta y seguí con el trasiego de cajas bajo la lluvia.

Años más tarde pude confirmar que lo que había encontrado era uno de los manuscritos no catalogados de Sir Thomas Raymond Weeds, caballero londinense de principios del XIX, que había dedicado buena parte de su vida al estudio de la física.

Un hecho insólito acerca de Sir Weeds -según habíamos aprendido en Historia de la Economía- era la escasa relación que la física tenía con su ocupación principal como economista teórico y contable, sino que sólo la cultivaba como mero pasatiempo. Pero más insólito aún resultaba el hecho de que algunas biografías no autorizadas de Albert Einstein especularan sobre la influencia que los estudios de este

noble inglés podrían haber ejercido en su concepción de las ecuaciones de la relatividad especial, incluso por encima de los estudios previos de Maxwell, Lorentz o Poincaré.

Hoy no me cabe la menor duda acerca de la certeza de dichas especulaciones, pues estoy en condiciones de afirmar que todas las hipótesis de Weeds recogidas en aquel manuscrito sobre la existencia de imperfecciones en el continuo espaciotemporal son ciertas.

Lo que el lector encontrará a continuación es una crónica reconstruida a partir de mis propias notas. Un burdo intento de ordenar los sucesos que me han llevado a tal conclusión tras años de análisis, reflexión e insomnio. Queriendo evitar toda consecuencia no deseable derivada de estas revelaciones, he preferido omitir -y, en algunos casos, inventar- los nombres de terceras personas involucradas en mis pesquisas. Incluso aunque que sus identidades hayan sido un factor clave a lo largo de mi torpe e irregular investigación...

Barcelona, Febrero de 2009.

A veces, andando por la calle al volver del trabajo, ir a comprar el pan, o cualquier otro trayecto cotidiano, ocurre algo extraño que empecé a percibir hará ahora cosa de unas dos o tres semanas: alguna de las personas con las que me cruzo me llama la atención porque se parece a alguien que conozco. Lo extraño es que no se parece a cómo esa persona es hoy, sino a cómo será cuando tenga veinte o treinta años más.

Aún no he conseguido determinar si los lugares donde se da este fenómeno son siempre los mismos, o si los *parecidos futuros* (así he empezado a llamarles) obedecen a algún patrón.

Sin ir más lejos, el otro día me pasó en la calle Rambla de Prat, esquina con Berga: yo acababa de salir del tren porque volvía de trabajar y, de pronto, una mujer de unos cincuenta años cruzó la acera de lado a lado por delante de mí, luego atravesó la calzada para acabar entrando en un bar. Pues bien, esa mujer desconocida guardaba un parecido extraordinario con C.R., pero con las alteraciones ineludibles que causarían el paso de varios años a partir de su edad actual -creo recordar que tiene ahora treinta y cinco-. Estaba seguro de que me había pasado en alguna otra ocasión, pero no le había dado importancia.

Barcelona, Julio de 2011.

Habían pasado cuatro meses desde que avisté el último parecido futuro hasta la semana pasada. Ha dejado de ser algo casual para ocurrir en tres ocasiones distintas, con tres personas distintas, a diferentes horas del día y en diferentes lugares de la ciudad. El martes pasado el cielo amenazaba lluvia y el tráfico era denso, aunque a mí no me importó porque yo volvía andando a casa. Me quedé quieto y cuando aquel hombre mayor con bigote y gafas marrones pasó a mi lado lo noté: en ese preciso instante, no pude oír nada. Dios, cómo se parecía a T.S! Hubiera jurado que era él con veinte años encima.

Duró un segundo, segundo y medio como máximo. Puede que incluso menos. Fue muy extraño, como si alguien apagara el audio de una película durante un instante. Me fascinó caer en la cuenta de que en todas las anteriores ocasiones también había pasado lo mismo. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Pasaron dos días y volvió a suceder. Por suerte caí en lo del sonido y volví a notarlo: silencio. Apagón. Brevísimos, pero total. ¿Qué significaba aquello? Gente mayor que se parece a personas jóvenes, el silencio... por más vueltas que le daba no conseguía dar con una explicación.

Viviendo en esa obsesión absurda transcurrieron los siguientes cuatro años y medio, rozando la paranoia al vigilar todos y cada uno de los rostros con los que me cruzaba por la calle. Resultaba inabarcable -pero a la vez adictiva- la tarea de intentar comprobar, sobre la marcha, si todos aquellos extraños eran potenciales parientes futuros.

Entonces recordé el antiguo manuscrito de Thomas R. Weeds, que aún guardaba desde hacía más de veinte años. Tras revisar sus textos, empecé a darle vueltas a la posibilidad de que aquellos acontecimientos estuvieran relacionados con sus explicaciones sobre teóricas disrupciones en el continuo. ¿Es que acaso estaba atravesando micro-plegues en el tiempo de manera cotidiana? ¿Era yo, o eran las otras personas quienes lo hacían?

Y de ser así, ¿por qué?...¿a qué podía deberse tan singular fenómeno?